

La ideología revolucionaria de Gregorio López y Fuentes

Es frecuente tropezarse entre los estudios de la crítica especializada con la afirmación de que, pese a los cientos de obras que suelen catalogarse bajo el membrete de «Novela de la Revolución Mexicana», ninguna puede aspirar por sí sola a ostentar tal título. Se ha echado en falta esa gran novela «totalizadora» y «global» que mostrara sin escamoteos ni fallas el tiempo histórico a que responde¹. En efecto, todas y cada una recogen una visión personal, parcial y fragmentada del fenómeno revolucionario, y, ya sea ello debido a la magnitud y diversidad del mismo o a las propias limitaciones de perspectiva y de análisis de quienes lo describen, no deja de ser, sin embargo, explicable. Reivindicar la —por definitiva— no creada «novela de la Revolución Mexicana» implica dar por supuesto la existencia de una única Revolución, de una idea exacta y precisa de lo que fue y de cómo fue, y, por consiguiente, achacar a los escritores que la novelaron la ceguera de no saberla reflejar en toda su dimensión. Creo sinceramente que nos ofrecieron la Revolución que (dados sus orígenes, posiciones o ideologías) podían ofrecernos; si vieron los árboles sin otear la intrincada espesura del bosque², es porque estaban perdidos en su mismo corazón, incapacitados, por tanto, para elevarse por encima de los ramajes, o lo que es igual, de la historia con pequeñas y grandes letras que estaban contando. Nos transmitieron pese a todo la cercanía de lo vivido, la fuerza de lo real y, en ocasiones, hasta nos comunicaron el sentimiento de algo que se presentaba a sus ojos como inabarcable. A mi juicio lo era.

La Independencia, que desligó a América de España, no supuso ninguna alteración básica de las estructuras socio-económicas condenadas por

1. Ni siquiera las más alabadas: *El águila y la serpiente* o *Los de abajo*. Véase, a modo de ejemplo, Manuel Pedro González, *Trayectoria de la novela en México*, México, Botas, 1951; o Antonio Benítez Rojo en su prólogo a *Los de abajo*. La Habana, Casa de las Américas, 1971.

2. Con estas palabras se hace eco Mariano Azaola de las acusaciones de no haber entendido la Revolución cuando, ya anciano, su obra literaria era sometida a exhaustivos análisis.

los libertadores. El poder de las viejas oligarquías de las colonias se mantuvo prácticamente intacto en las naciones recién nacidas. La razón nos la da, en su caso, Martín Luis Guzmán en *La querrela de México*³: «el grupo de la sociedad mexicana que se creyó entusiasmado por la idea de la libertad pertenecía a la clase opresora y no a la oprimida de la Nueva España». Tendría que pasar casi medio siglo para que México tratara, con la Reforma, de enmendar aquel error histórico, aunque sin conseguirlo plenamente, ya que la aplicación de las leyes tendentes a atajar los males endémicos tantas veces denunciados se vio frustrada en su mayor parte. En 1910, fruto de un cúmulo de circunstancias diversas, lo sacude un nuevo movimiento de igual o mayor calibre. Comenzaba entonces un proceso cuyas derivaciones ignoraba y ni siquiera podía prever.

Frente a la violencia larvada durante siglos, patente en el entramado social y moral de la vida mexicana, se opuso la inmanente a toda ruptura radical del orden establecido, pues no otra cosa es una revolución. Con ella se pretende instaurar un orden nuevo donde la justicia y la racionalidad sean la definitiva cristalización de la utopía que en sí misma encierra y entre cuyos componentes se halla también la abolición de cualquiera de las formas de violencia posible, toda vez que, arrumbadas las causas que la provocan, llega a hacerse innecesaria y absurda. No existe una revolución (si de verdad lo es) que no se proyecte hacia el futuro, el tiempo donde caben todas las metas y todos los sueños. Se destruye para crear. Se parte del caos para reconquistar el orden. Así es al menos en el plano teórico. ¿Fue así en el caso de México? Sería ingenuo pensar que, con la suya, México pretendió efectuar la gran subversión de estructuras no realizada en su momento. La Revolución Mexicana fue, en palabras afortunadas de Octavio Paz, «un estadillo de la realidad», la respuesta a una presión ejercida desde innumerables puntos sobre un mismo cuerpo, anquilosado y maltrecho, el espasmo final de una asfixia colectiva nacida de un régimen corrupto. Por antirromántico que parezca, las revoluciones no suelen hacerse por idealismo —aunque con ideales se alimentan—, sino porque la conciencia de la realidad resulta con el tiempo difícilmente soportable. El derrocamiento de Díaz y el establecimiento de una democracia de elección efectiva, la liberalización de un sistema económico, todavía en gran parte feudal, que abriera cauces de expansión a la burguesía incipiente, eran sin duda sus metas inmediatas. Reclamos posteriores alumbraron logros más ambiciosos que, por no previstos, hicieron chocar frontalmente a las diferentes concepciones que la palabra «revolución» evocaba. Sin clara conciencia de los fines perseguidos y (lo que es operativamente más importante) sin un programa definido y unánimemente respaldado para acceder a ellos, México se sumerge en un largo clima de guerra civil del que ningún sector, aún deseándolo, pudo quedarse al margen. Todos sintieron de una

3. La afirmación, aunque referida a su país, es extensiva a todo el continente americano. *Obras completas*, México, Compañía General de Ediciones, 1971, págs. 9-33, pág. 15. Tomo I.

manera u otra la sacudida revolucionaria como nos lo demuestra el quehacer de los intelectuales, inmersos ellos también en el torbellino arrasador.

En este panorama nos encontramos con dos clases de escritores: aquellos que lo son forzados por la necesidad de hacer inteligible la realidad; y aquellos otros que, desbordados por esa misma realidad, la hacen objeto constante de su labor literaria. El primer caso explicaría la abundancia de autores de una sola obra y el afán testimonial que los guía: generales metidos a contar batallas, periodistas dando tintes de fabulación a relatos que no pueden desdecir el origen de sus creadores, o médicos con inquietudes sociales, participan con éxito y dignidad desigual de esta fiebre. El segundo daría cuenta, a su vez, de la conversión de un suceso histórico convulsivo y sin precedentes en un género literario perfectamente aislable, y a la par, de ramificaciones múltiples.

Gregorio López y Fuentes pertenece, como es obvio, a este segundo grupo. Como la mayor parte de los novelistas provenía de la clase media, es decir, de la clase educada y establecida en los valores burgueses pero al mismo tiempo sensibilizada y moderadamente reformista. De esos valores no abdicarán, salvo contadas excepciones, pese a mostrarse firmes partidarios de la Revolución. Y es que ésta en origen, como advertíamos más arriba, no pretendió socavar los asideros, las bases morales que sustentaban la sociedad. Ignorar o marginar este hecho puede dificultar la completa comprensión de toda la narrativa revolucionaria, y a menudo es la causa de que se ponga en entredicho el propio carácter revolucionario tanto de obras como de autores. Tan inexacto, si no se matiza, sería tacharlos de una cosa como de la contraria. Hicieron la Revolución desde sus postulados ideológicos y morales, lo que les dio una dudosa perspectiva y les limitó el horizonte, pero ¿acaso no es siempre así? Fueron revolucionarios porque la Revolución es ya para casi todos, a fines de la década de los veinte —cuando comienza a desarrollarse masivamente la literatura—, una abstracción muy por encima de los hombres destinados a concretarla, y, por consiguiente, el permanente reclamo de fidelidad a su esencia maltratada era una actitud sincera ante la realidad; fueron antirrevolucionarios porque tras la Revolución, los más, siempre añoraron o reivindicaron un orden. Quedaba por averiguar cuál era y dónde estaba esa esencia que alguna vez vislumbraron (o si la hubo siquiera) y quisieron aprehender, pero suyo, en cualquier caso, es el mérito irreprochable de haber incorporado al «mexicano» como individuo y como pueblo al papel de protagonista sin haberle amputado ninguno de los componentes de su ser racial y cultural. López y Fuentes es quizá el más claro exponente de esto último, como nos ocuparemos de señalar. Cuando escribe sus primeras obras, nos obstante, ya han aparecido también los primeros brotes desencantados de un proyecto al que no se le ve el fin. La violencia no ha cesado todavía y las ansias redentoras esgrimidas por los caudillos han dejado insatisfechas las más perentorias demandas de los eternamente sojuzgados. Un sentimiento de urgencia invadirá los diferentes estratos de la cultura mientras un deba-

te interior recorre las esferas políticas. A partir de ahora los testimonios se teñirán con los ecos de la denuncia, augurando la futura novela social. Pero además, esta nueva visión crítica se verá potenciada por el empuje dado al proceso, mediada la década de los treinta, por el Presidente Lázaro Cárdenas. Asimismo, la asunción de ciertos elementos del marxismo que alientan su política salpicará la ideología de los narradores, haciéndoles entrar en abierta contradicción con ese origen pequeño-burgués y planteándoles en ocasiones conflictos insolubles⁴. En este clima, pues, habremos de insertar la obra narrativa de nuestro autor.

Las tres aportaciones iniciales de Gregorio López y Fuentes, *Campamento* (1931), *Tierra* (1932) y *Mi general* (1934), constituyen tres ángulos de enfoque diferentes pero a la vez complementarios del movimiento revolucionario. Como las restantes novelas de este período, están escritas retrospectivamente, pero, insistimos, no desde el final de un hecho acabado. Esa perspectiva necesaria, que a juicio de algunos es la responsable del retraso en más de veinte años de la aparición continuada del género, es, por tanto, relativa. La trasposición literaria de un tiempo próximo pero anegado ya en lo mítico no era, aunque pudiera parecer paradójico, sino una forma de hacerlo real, de calibrar su verdadero alcance y, a la postre quizá, de hallarle un sentido: «¡Con qué claridad se ve así, y a distancia, lo que nos resultó entonces tan confuso de actualidad!», podría exclamar nuestro escritor (y tal vez lo hizo) por boca de uno de sus personajes. Sin embargo, López y Fuentes no se conforma con reflejar la Revolución vivida por él en su fase bélica, va más lejos, quiere ir más lejos, aspira —como afirma acertadamente Dessau— a captar su significado histórico, lo que conlleva, en cierto modo, justificarla en su misma génesis para poder luego asumirla en su totalidad. De ahí su afán por reproducir los fenómenos característicos de la campaña, o por abstraer las identidades personales haciendo de su anonimidad un correlato del propio carácter de la Revolución, indefinida por espontánea, nacida del ímpetu unánime de un pueblo sin nombres, sólo pueblo:

(...) No hacen falta nombres. Los nombres al menos en la revolución no hacen falta para nada. Sería lo mismo que intentar poner nombres a las olas de un río, y somos algo así como un río muy caudaloso. (...) ¿para qué son los nombres? No importa el nombre del general. No importa el nombre del soldado. Somos la masa que no necesita nombres ni para la hora de la paga, ni para la hora de la comida; vaya ni para la hora de la muerte.⁵

4. La interrelación de estos factores y sus efectos en la novela han sido brillantemente estudiados por Adalbert Dessau en *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972. Véase, en especial, pág. 72 y ss.

5. *Campamento*, incluida en la Antología de Antonio Castro Leal, *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Aguilar, 1969, Tomo 2, págs. 181-249. En adelante, las citas del autor irán seguidas de la inicial y la página de la novela correspondiente, ambas entre paréntesis; en este caso: (C. 189).

Los datos puntuales carecen entonces de interés. Se omite voluntariamente el accidente, se sitúa la acción fuera de un espacio y de un tiempo concreto o conocido porque se trata, en suma, de que sea la Revolución sin otros adjetivos la que se muestre a sí misma, ya sea en su vertiente puramente militar como en *Campamento*, o bien a través de la peripecia personal de un hombre del campo como en *Mi general*. Otra cosa es *Tierra* y serán sus novelas sucesivas, según veremos. En este sentido, en en *Campamento*, ejercicio notable de condensación, donde López y Fuentes mejor logra su propósito. Con certeras pinceladas traza el confuso panorama de «aquellos días cuando el país todo estaba en pic de guerra». Ahí está la Revolución en su máximo apogeo, paralizada por unos instantes pero bullendo por dentro y a punto de iniciar siempre «el movimiento de la serpiente que se desespera». No ha hallado medio mejor de penetrar en ella sino a través de los miembros que la conforman, o de las olas que, aunque se distinguen, son el río mismo. Por esta instantánea cinematográfica de la acampada nocturna de un segmento de las tropas revolucionarias, desfilan en sucesivos planos los elementos humanos que caracterizaron con su existencia la «gran revuelta», (algunos de los cuales ya habían sido esbozados por Azuela en 1916). Ahora bien, fiel a ese ánimo de objetivarla a toda costa, López y Fuentes no construye, estrictamente hablando, personajes. Al despojarlos de personalidad definida, de profundidad psicológica, de conciencia, han sido concebidos como «tipos» y no siguiendo un diseño pensado de caracteres; por eso remontan la categoría de lo individual hasta elevarse a la posición de paradigmas, convertidos en «el general», «el agitador», «el indio», etc. Apenas un perfil de sus contornos para diferenciarlos y a veces ni eso, cuando es la masa informe de la soldadesca (los de abajo) la que se expresa, entonces son voces sin dueño, simplemente la voz descarnada de ese pueblo innominado⁶. Detengámonos en este inventario humano, que partiendo de *Campamento*, irá completando, enriquecido en matices, en las novelas siguientes.

En efecto, ahí está «el oportunista»: el federal que vislumbra la evolución de la contienda y curándose en salud cambia de bando. Su retrato es con diferencia uno de los más antipáticos, porque en su conducta no hay rastro de ideales, sólo ruindad y afán de notoriedad; a su lado está la variante el «oportunista político», que después de rendir sus servicios al porfirismo encuentra hábilmente un resquicio por donde colarse en la Revolución. Lo encontraremos también en *Tierra* pronunciando un enfervorizado discurso: «Dice que él siempre ha sido revolucionario. No pocos deben pensar cómo si fue revolucionario sirvió tanto al régimen porfirista. Hace

6. Sólo hay dos excepciones reseñables a lo apuntado y obedecen a distintas razones: una es el protagonista de *Mi general*, al que la forma autobiográfica de la novela le confiere una dimensión negada a los demás; la otra la constituye Emiliano Zapata en *Tierra*, y ello porque la Revolución agraria, el tema de la obra, era inseparable del personaje histórico que la encarnó, aunque obviamente Zapata no está en el mismo nivel que los restantes, ya ha sido mitificado dentro y fuera de la novela.

mención de sus servicios prestados al maderismo. A todos les consta que se ha pasado los últimos meses jugando al billar en el pueblo»⁷.

Por supuesto no podía faltar, aunque su esbozo fuera muy marginal, la figura del «intelectual», definido para siempre desde el Luis Cervantes de *Los de abajo*, y representado en *Campamento* por el secretario del cabecilla. El elemento letrado es de procedencia urbana. Se enrola en las tropas por curiosidad, oportunismo o mera casualidad, y encuentra su sitio en la batalla tras el más seguro parapeto. A menudo asume las funciones del «agitador», tal es el caso en *Mi general* o en *El indio*, y allí se le ve verbalizando las ideas de quienes le escuchan o simplemente enunciando unos principios que aún no han tomado cuerpo en la conciencia de los oyentes: los altos fines que les mueven. Aunque por lo común en las novelas su figura está tratada irónicamente, refleja un hecho cierto: fueron muchos los intelectuales que, atraídos por la gran epopeya mexicana y un tanto deslumbrados por el talante y la personalidad de sus líderes, acudieron al lado de unos y otros aportando, o dotando, al movimiento (es evidente en el caso del zapatismo) de un soporte ideológico, sería mucho decir que de una doctrina. Para una Revolución nacida sin planes programáticos ni ideología, suplieron con la proclama la falta de un evangelio.

Sin duda, una de las figuras más aludidas y mejor trazadas de todo el plantel ofrecido por López y Fuentes, es la del «cabecilla». Con relevancia y rasgos personales muy diferentes lo encontramos en tres novelas. Al de *Campamento*, el autor le da una contextura moral discutible y una arrogancia típica del amo de su mesnada, hecha a su medida y gestada a la sombra de su persona. Forma parte de los que han hecho de la Causa la justificación de sus atropellos sin tener que rendir, en principio, cuentas a nadie:

Este animal de monte ha olfateado el triunfo y ahora si se presenta para reclamar su tajada. En cambio, cuando la cosa era difícil, se estuvo metido en los matorrales, sin salir al claro, entregado a lo que ustedes ya saben.

—Sí, a robar a los pacíficos. A matar a todos los que estorban sus planes...!(C. 202)

Otra imagen nos transmite la historia del protagonista de *Mi general*. La novela relata el encumbramiento de un tratante de ganado, de un simple hombre «salido del surco mismo de la vida», que tras cosechar victorias militares y muchas alabanzas por sus reconocidas hazañas, se introduce para su mal en el misterioso mundo de la política. Un cambio de gobierno originará su fulminante caída, la pérdida total de honores, amigos y dinero. En fin, nos revela la peripecia de uno de tantos cabecillas que capitanearon esta dispar contienda. Sin embargo, las trayectorias de estos dos

7. *Tierra*, México, Editorial México, 1933, pág. 71.

personajes son al cabo bastante paralelas y, aun cuando ignoremos todas las claves del descalabro de este último, el final los iguala: ambos describen un círculo completo. Tras el éxito efímero, el uno «improvisará unos estribos de lazo, y, armado con una vara únicamente se irá rumbo a casa, más solo que nunca, al pasito...» (C. 239); el otro, una vez vendida la pistola, decide regresar al llamado de la tierra y dar por terminado su pasado militar y político: «todos tenemos nuestra trayectoria —dirá el general—. Unas son grandes. Otras son pequeñas. Algunas terminan sólo con la muerte...»⁸. Por su parte, Antonio Hernández, el protagonista de *Tierra*, también puede ser considerado un cabecilla, un jefe, con la particularidad de que se halla vital y moralmente comprometido en la lucha: por ello quizá su ejecutoria sí acabe con la muerte. Son tres retratos bien distintos, como se observa, de una figura de notoria significación en el proceso revolucionario, responsable en gran medida de su peculiaridad en cuanto exponente de ese fenómeno complejo de raíces seculares conocido como «caudillismo». A la falta de una articulación real del movimiento, se unió la imposibilidad desde Madero de crear un mando unificado con un único líder y una única propuesta de futuro, de tal forma que la Revolución se redujo durante largos períodos a una cruenta disputa entre caudillos.

Pero al lado de los generales sin más ambiciones que las personales o carentes en absoluto de escrúpulos, López y Fuentes quiere poner a salvo la pureza o la imagen de la Causa, incluyendo en estas galerías de tipos también al «dirigente íntegro», capaz y ecuánime, tan real como los otros, verdadero garante de la esencia revolucionaria. No obstante, algo hemos de tener muy presente: todas las conductas se justifican de una manera o de otra, puesto que no existe un fondo humano inmutable que nos libere del entorno en el que vivimos, decidiendo por nosotros. En definitiva, «no hay honrados y sinvergüenzas: lo que hay son circunstancias» (C. 198)⁹. Por eso, los generales que viven en circunstancias de honradez, «porque los hay, aunque el trabajo es dar con ellos... han sido pobres y seguirán siendo pobres. Son los verdaderos revolucionarios pendientes de lo que ellos llaman normas de conducta para un buen revolucionario» (ibid.), según se afirma en *Campamento*. El que aparece en esta obra al mando del destacamento parece ser de éstos. Tanto en su actitud con el cabecilla como en su forma de tratar a los federales rendidos, se muestra con los atributos del auténtico jefe: severo con quienes van a servirse de la Revolución, benévolo con quienes por azar combaten enfrente. Destacan su lealtad y la firmeza de convicciones. Él sí sabe por qué y para qué lucha, repite varias veces

8. *Mi general*, incluida en la Antología de Antonio Castro Leal antes citada, págs. 307-364.

9. Este relativismo moral es constante en todas las novelas. López y Fuentes no juzga ni condena a sus personajes. Tampoco tiene para ellos un reproche ni siquiera de ser como son (o como nos muestra que son), ni sus conductas u opiniones expresan polarización moral de alguna clase.

a modo de consigna que la «revolución no quiere ni necesita elementos a la fuerza» y, por tanto, nadie obligará a los federales rendidos a luchar por algo en lo que no crean; se lo vuelve a repetir a las huestes del cabecilla mientras les da la libertad: «la revolución no necesita soldados a la fuerza, sino gente voluntaria y que tenga entusiasmo por la causa» (C. 238). Hasta los desertores «pueden largarse donde quieran». Hay quien cree —en buena lógica— que el autor veracruzano pretende encarnar en la figura de este general profundamente imbuido de sentido de la moralidad, su personal reivindicación de una revolución consciente de su significado¹⁰, y no muy descaminada debe estar tal apreciación cuando, en efecto, hace fracasar estrepitosamente las peripecias de dos de los cabecillas antes aludidos, forzándoles a volver sobre sus pasos. Tomaron por afán de lucro o de medro un camino erróneo y, tarde o temprano, acotado. La Revolución, según esto, reclama altos ideales, conciencia de los mismos y líderes a su altura para hacerlos posibles, justamente todo lo contrario de lo que manifiesta que fue el cabecilla de *Mi general*: «Si no me equivoque entonces no teníamos ni programa, ni finalidad. A nosotros como a los indios nos guiaba el instinto propio de las aves: una orientación subconsciente» (MG. 317). Apurando aún más la idea, López y Fuentes se rebelaría contra esa orientación subconsciente e instintiva, donde habría que buscar la razón de tanto error y desbandada, para dejar paso a quienes saben por qué y para qué van haciendo en cada momento lo que debe hacerse, como aquel dirigente.

Esto, sin embargo, no parece alcanzar al grueso de la tropa, dado que uno de los aspectos más resaltados —en especial en *Campamento*— es precisamente su falta total de ideales, y así se refleja en un capítulo de la novela sintomáticamente titulado «Causas personales»:

Si yo le entré a la revuelta fue por puro gusto, ya se oía el runrún de la revolución. (...) A mí me traían al retortero los alguaciles del presidente municipal. ¡Me achacaron que yo lanzaba de noche, y francamente ya estaba cansado de huir. (...) Le entré a la bola porque me eché uno al plato! Era un amigo del patrón. Le andaba arrastrando el ala a mi mujer, y un día que me encontró con el alma atravesada, le pegué un tiro. (...) A mí me quitó mi ranchito un pariente del gobernador... y como ellos siguen dueños de la tierra, me he metido a la revuelta para ver si recupero lo mío. No quiero más; solamente lo mío... (C. 227-8)

Por escapar de los federales, por despecho, por venganza, por una atracción visceral, las motivaciones de estos hombres tenían más de huida que de marcha hacia el encuentro de algo. No resulta extraño. Cataclismos

10. Me refiero al ya mencionado Adalbert Dessau. Según él «esto hace que *Campamento* se diferencie de las otras descripciones de las luchas armadas, que en su mayoría tienen por tema las acciones de los campesinos del norte de México y sus jefes, y que tanto admiran el levantamiento popular como se horrorizan de su crueldad y su caótica manifestación. Obviamente —apostilla el crítico alemán— López y Fuentes rechaza esta forma de levantamiento». *Ob. cit.*, pág. 322.

históricos como las revoluciones poseen entre sí una semejanza básica: generalmente llevan aparejado el despertar de la conciencia, casi siempre hacia lo evidente. De pronto, ante el hecho consumado, se dan cuenta de la situación en que han vivido, de los abusos que han soportado, de las injusticias de que han sido víctimas. De igual modo, muchos repararon en la gran oportunidad que tenían ante sus ojos de modificar o alterar la suerte en la que habían nacido. *Mi general* representa, en este sentido, lo que tuvo de aventura la Revolución: la posibilidad abierta de que un hombre cualquiera iniciara una nueva vida, se transmutara en un nuevo ser sin otro requisito que la propia voluntad. Así lo expresa su protagonista:

Senti que surgía en mí el hombre nuevo, metido y hecho ya el engranaje de una nueva máquina, de una nueva actividad. Yo (...) ya no tengo patrones, viejito. Comienza una nueva vida... (MG. 312)

No obstante, la mayoría del pueblo permanecería ajeno e ignorante de las causas que prolongaban la pugna entre las diversas facciones. En *Tierra* hallamos un buen ejemplo. Los campesinos del zapatismo que habían contribuido a derrocar a Díaz, preguntan ante el nuevo llamado del Jefe: «Bueno, y ahora, ¿qué peleamos? Don Porfirio ya se fue... Allá nos lo dirá el jefe (contesta otro). Por mí, ni cuidado, que bien me gusta el trote» (T. 81). Antonio Hernández se queda atónito cuando Zapata le lee el artículo 4.º del *Plan de San Luis*, en cuyo incumplimiento encuentra una razón para seguir luchando: «Nunca había oído hablar de semejante Plan» (t. 85), exclama. ¿Cuántos más no habían oído nunca de los propósitos proclamados por la Revolución? ¿Por qué luchaban entonces? Don Porfirio ya se fue. Se repite una y otra vez la misma pregunta hecha a Macías en 1916. ¿Cuál es la respuesta de López y Fuentes?

La historia no es, mal que nos pese, modificable. Sólo podemos aspirar a entenderla, tarea que sin duda persigue nuestro autor. La perspectiva desde la que escribe le impide el fácil maniqueísmo y ni siquiera aprovecha la contraposición de los ejércitos revolucionarios y federales en menoscabo de estos últimos, como cabría esperar de un autor colocado al lado de las filas revolucionarias. Tras su voluntad expresa de alejamiento, de imparcialidad a toda costa (testigo y a la vez cronista de cuanto acontece a su alrededor), se esconde un intento de trascender la simplicidad de planteamientos, de no entonar gratuitamente un canto patriótico a la Revolución. Con ese completo muestreo de las figuras participantes, de sus bajezas y heroicidades, plasma lo contradictorio y lo complejo de toda lucha armada.

La radical objetividad de que hace gala en *Campamento*, se condensa en la ausencia de formulación ideológica alguna. Tampoco hay un personaje en quien podamos identificar su propia voz, pues si de la apostura del general del destacamento, de su defensa de la voluntariedad de la Causa y de la rectitud con que se comporta —más notoria ante el oportunista proceder del cabecilla— puede desprenderse una defensa del orden revolucio-

nario (que aún así está por determinar en qué consiste verdaderamente dentro de la novela)¹¹, resulta cuando menos paradójico que sea el «agitador», figura desprestigiada, quien pronuncie las palabras más representativas de lo que será el pensamiento posterior del escritor en cuanto a su narrativa indigenista concierne. Pero si podemos atisbar que detrás del caos y la efervescencia de una lucha de tendencias contrapuestas, se reivindica una revolución consciente de su significado —fiel al anhelo de justicia de todos los desposeídos de México—, es, en primer lugar, por el momento en el que está escrita la novela, así como por la pertenencia de López y Fuentes a los sectores burgueses más progresistas que en aquel entonces, frente a las fuerzas reaccionarias, hacían ostentación de una ideología socialmente reformista; en segundo término, y esto es literariamente más importante, porque un año después deshace toda ambigüedad y, en coherencia con lo dicho, vuelve sus ojos hacia Zapata y el agrarismo, hacia «la verdadera revolución de ideales» donde, sin lugar a dudas, encuentra la auténtica justificación política y moral de la Revolución. Al hacerlo, acoge en la literatura la crítica social. Ambas cosas iban irremisiblemente unidas.

Por todo ello, el planteamiento narrativo de *Tierra* es bien distinto del de *Campamento* y *Mi general*, puesto que la obra está enmarcada en unos límites temporales muy precisos: 1910-1920, esto es, desde el levantamiento de Madero hasta poco después del asesinato de Zapata. Aquí el tiempo asume un valor funcional claro, y López y Fuentes lo manipulará a su antojo de acuerdo con los intereses de la trama, imponiendo a ésta, en consecuencia, un ritmo fluctuante. «La Revolución agraria en México» —tal es su subtítulo— sólo se hace explicable o al menos comprensible a través de ese elemento, el tiempo. Construye, por tanto, un relato rigurosamente cronológico y de estructura lineal. El autor ha necesitado reunir en uno o dos años los rasgos más generales pero más significativos de toda la historia del México porfirista, con especial detenimiento en lo que ha sido la base del sistema económico secular: las haciendas, el caciquismo, la explotación sin paliativos de la masa campesina e indígena; sólo luego se producirá la identificación entre el agrarismo y el movimiento zapatista; sólo entonces *Tierra* pasará de ser la «novela de la Revolución agraria», a convertirse en la «novela del zapatismo». López y Fuentes se detiene morosamente en describirnos a un Zapata íntegro, honesto, generoso, implacable con la traición de los suyos y con los Planes no cumplidos, pero también ingenuo. Envuelto en el humo de su cigarro puro, Zapata le contará a Antonio Hernández su despertar a la realidad y su injusticia en los tempranos años de la infancia, su paso por la leva o su pasión por los caballos. Todo lo que podemos denominar el perfil histórico del héroe de Morclos, contribuye a elevarlo a las etéreas zonas de la idealidad; porque eso, al fin y al

11. Esta es la tesis sostenida por Dessau, quien ve en la figura del agitador un rechazo del propio autor por el desmembramiento que éste procura allí donde se introduce, en contraste con la defensa del orden que encarna ese general. *Ob. cit.*, pág. 323.

cabo, un ideal, es Zapata en *Tierra*. Si alguna vez López y Fuentes reivindicó al dirigente puro, pues ni ansias de poder personalista le animaban, encontró en Zapata al héroe y a la par al mártir imperecedero, cabalgando para la eternidad a lomos de su caballo. Ningún tinte oscuro contrarresta esa aura redentora de Emiliano, más de mito, claro está, que de personaje. Con suma pericia, ha tejido sobre la crónica —sin desvirtuar la historia— la leyenda del hombre y su causa, que para ser perfecta había de tener el digno colofón de la muerte, y para ser sublime, la urdimbre de una traición. Ninguna de las dos cosas tuvo necesidad de inventárselas.

Narrada en tercera persona, la voz del narrador está plenamente identificada con la del autor y se oye, ya sea emitiendo juicios, ejerciendo la ironía, la denostación al patrón o la lástima por tanta injusticia. La objetividad no existe. Previamente, el autor ha elegido bando en ese juego dialéctico patrón-siervo —en el que nos sitúa desde el inicio— y no lo abandona, si bien lo hace colocado a la altura misma de la realidad. Quizá a eso se deba que *Tierra*, frente a *Campamento* o *Mi general*, sí tenga personajes individuales, aunque se diluyan en la colectividad; personajes con nombres propios, seres de carne y hueso aún no fundidos con las gotas de ese gran río que fue la Revolución. Incluso cuando se han anegado en él, están formando parte de un movimiento individualizado cuyo líder ha de aparecer entre ellos, en una síntesis de la Historia con la ficción. Al elevar a Zapata a la categoría de hombre mítico e inmortal, subraya de nuevo el carácter abstracto y utópico de una Revolución superviviente por encima de quienes la abanderaron físicamente:

Los peones en el campo comentan la nueva: una revolución agraria, la lucha por la tierra. El trabajo resulta menos duro. La tierra toda es una promesa de bienestar. Zapata deja de ser un general para convertirse en una bandera. ¡Tierra!... Parece que la tierra zarandeada en la disputa, va a dar a luz hijos a millares. (T. 88)

La ambigüedad de su primera novela se resuelve en agria crítica. La tierra, lo injusto de su distribución es la llaga lacerante que carcome la sociedad mexicana. La denuncia del incumplimiento de los compromisos contraídos es, en consecuencia, un imperativo ético que López y Fuentes asume y proclama con absoluta rotundidad¹². En el último capítulo, «1920», se nos cuenta el reparto de la hacienda del antiguo patrón, de los nuevos linderos ejidales y del aire de sumisión, ya perdido, entre los campesinos; pero, a pesar de todo eso, «la impresión de una Revolución fracasada —

12. Esto es aún más evidente por cuanto acude a Zapata (personaje olvidado entre todos los revolucionarios) y al agrarismo (aspecto igualmente postergado), para mostrar lo evidente, lo que en 1932 todavía es indiscutible: nada o muy poco se ha adelantado en este sentido.

como dice Marta Portal— queda flotando en el relato»¹³. Los campesinos prefieren creer que el caudillo no ha muerto y mantienen engrasados los fusiles por si vuelve a llamarlos. En efecto, la sensación de que, después de tanta lucha, los gobiernos sólo han propuesto tímidos remedios, y de que rebasando a pobre realidad sólo permanece intacto el ideal, es demasiado fuerte. Este ideal, encarnado en Zapata, alcanza su mayor grado de pureza pues ya no puede ni siquiera traicionar, como tampoco puede morir. Por idéntico motivo, la Revolución seguirá estando viva mientras esté pendiente. No es la suya, sin embargo, aun con todo lo dicho, una visión que podamos llamar taxativamente amarga. La ideología revolucionaria que profesa, en completa sintonía con los órganos de poder (el P.N.R.), le impide negarnos la esperanza que comporta para el futuro. Desde esta perspectiva, su exaltación de la tierra encaja perfectamente dentro de la más pura ortodoxia revolucionaria, porque, además de un reclamo político incentivado desde arriba, expresa el despertar nacional de un sentimiento de arraigo que en la literatura tiene unas derivaciones muy claras. Mauricio Magdaleno lo dice muy bien cuando afirma que «toda auténtica revolución produce una mística. La mística de la Revolución Mexicana se refiere a la tierra como sujeto trascendente y capital de nuestro significado como pueblo. La tierra es el héroe profundo de la novela actual en México»¹⁴. Con la Revolución nace la conciencia del «ser mexicano», el reconocimiento del entorno como algo propio y común a todos los que comparten ese mismo espacio vital, identificador, por tanto, frente a los demás pueblos¹⁵. Esta repentina consciencia desemboca por un lado en el nacionalismo más radical; de otro en un proceso de autognosis que vuelve los ojos atrás, al pasado, y que encuentra en el indio su descubrimiento más valioso, como enseguida veremos.

Pero antes conviene que nos detengamos en analizar un aspecto lateralmente relacionado: la actitud particular de López y Fuentes —quizá debida a su origen— que le lleva a enfrentar sistemáticamente la ciudad y el campo. Desde *Campamento y Tierra* había resaltado el diferente papel desempeñado en la Revolución por ambos marcos, señalando la lejanía, la indiferencia y hasta la calmosa pasividad de que hacían gala los seres urbanos, cuando de tarde en tarde tenían el privilegio de contemplar un combate:

13. Marta Portal, *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, pág. 134.

14. Recogido por Dessau, *Ob. cit.*, pág. 325.

15. «La tierra es morada, abrigo y sustento; pero además funciona como escenario y paisaje que nos transmite poderes de contemplación y exaltación de nuestra personalidad. De la tierra proceden las energías de la vida y de la tierra nos viene, en una de sus más elocuentes manifestaciones, esa especie de energía mística, que nos deleita y nos envuelve en el todo y acrecienta nuestro anhelo de superar la existencia», había dicho años antes, en 1926, José Vasconcelos, *Indología*, Paris, Agencia Mundial de Librerías, pág. 64.

¡La ciudad! ni se entera cuando la desocupan. Los que llegan apenas si son advertidos en los lugares más céntricos. Pueden estarse peleando en los barrios en tanto que en el resto de la ciudad no pasa nada. Las gentes se divierten con el estallido de las granadas (...) los combatientes pasan por las calles gritando «vivas» a sus caudillos, alegremente, como en una fiesta de la patria. Después, por la noche se oye el cañoneo que se va alejando, cada vez más lejos, hasta perderse en la distancia, siempre dentro del mismo país. (C. 226)

Sin el control de las ciudades el dominio sobre el país era muy limitado; por eso fueron presas bélicas de decisiva importancia, aunque sólo tardía y esporádicamente se convirtieran en campos de batallas. En general permanecieron ajenas a lo más encarnizado de la guerra: «para la mayoría podrá haber escasez en las ciudades, pero nunca las hondas inquietudes, los grandes peligros que se arrastran en las poblaciones pequeñas» (C. 226), concluye el autor. Ahora bien, el abismo existente entre los dos mundos no venía dado únicamente por motivos de orden estratégico, sino además por factores de índole social: si la ciudad como conglomerado humano y económico vivió de espaldas en parte a los problemas y causas de la Revolución, era porque el México latifundista que se pretendía arrumbar nada o muy poco tenía que ver con los problemas y expectativas de los ciudadanos, en el sentido literal de la palabra: «Pensé que la ciudad no era como los pueblecillos, que la ciudad tiene otros afectos que no son precisamente los nuestros» (MG. 323), declara entristecido el protagonista de *Mi general*, ante la indiferencia con que es recibido allí. Estamos en una sociedad eminentemente agrícola, campesina, muy distante aún del despegue industrial —relativo de todos modos— de los años cuarenta y con una proporción proletaria y burguesa tan escasa, que a la fuerza había de restar interclasismo a la guerra.

La ciudad se nos describe como un mundo laberíntico, de intrigas y negociaciones turbias. Las batallas aquí ganadas pueden ser tan determinantes como las otras, pero precisan de distinta ejecutoria. En definitiva, se vive otra guerra. Esa es la que nos muestra, sobre todo, *Mi general*, la novela de un hombre del agro trasplantado a la urbe por su ascenso en la campaña. El protagonista contempla con ojos atónitos la amalgama, el ritmo enfebrecido de sus pobladores, la diversidad humana más extraña e incomprensible que encontrarse pueda: desde el general o el soldado, hasta la figura rural por excelencia, el charro, pululando por las calles. López y Fuentes aprovechará el simbolismo de este último para hacer —por medio del general— un canto patriótico y nacionalista, que no oculta el disgusto por semejante manipulación y deterioro de su esencia:

Con muy pocas excepciones, esos charros son para el verdadero charro, lo que el gaucho teatral es para el gaucho auténtico, lo que la canción vernácula hecha en la ciudad es para la verdadera canción ranchera. Vi charros verdaderamente ridículos. (...) Esos no son los charros nuestros. Esos son las calcamonias con que la industria hace mercado (...) Al charro distintivo de nacionalismo hay que buscarlo en la provincia, en el rancho, en el campo... (MG. 340-1)

A través de la psicología de este personaje, el autor va descubriendo poco a poco la influencia dañina, transfiguradora de la urbe: «Una fiebre. Un delirio. Hombres que adoptan actitudes de perro, a fuerza de serviles. Pasiones incontenibles, al grado de considerar la deslealtad como un medio lícito para lograr los fines. Subir, subir. Un vértigo. Y, por sobre todas las cosas, dinero» (MG. 340). En vano luchará por hacerse un sitio, por alcanzar renombre o adquirir poder, porque finalmente la ciudad, despersonalizadora y cruel, acabará por devolverlo a su ambiente primero, donde recobrará la seguridad perdida durante tanto tiempo. No puede interpretarse su regreso, por consiguiente, como un castigo o una solapada forma de reprimirlo moralmente, sino como un reencuentro del personaje consigo mismo y, por lo tanto, un triunfo bajo la apariencia de un estrepitoso fracaso. El protagonista sale indemne de la experiencia enajenante de la ciudad. Con bríos nuevos e ilusión recuperada se enfrenta a la nueva etapa de su vida en el lugar donde todo le conoce, su lugar.

López y Fuentes, nacido en una ranchería y profundamente apegado a ese origen rural que se preocupó por conocer y llevar a sus obras, parece que, aunque pasó casi toda su vida en la ciudad, siempre conservó hacia ella cierta aversión, no tanto por ser ciudad como por representar el desarrollo capitalista al que se mostró muy reacio. El deseo de analizar con detenimiento el carácter del mexicano y de hacer patente su rechazo a las repercusiones de ese desarrollo, le incitan a volverse hacia el mundo campesino y a escoger para sus obras a los dos exponentes más claros del mismo. Nos referimos a *El indio* y a *Arrieros*, símbolos estos últimos del México tradicional y condenados a desaparecer en esta sociedad mutante. Años después, en 1944, en unas sucintas pero elocuentes líneas mostrará la permanencia de tal actitud añadiendo un elemento más. Está describiendo un paisaje humano y dice: «Más lejos, a través del panorama que la distancia iguala en matices, entre dos picos helados, la sospecha de la ciudad, la gran ciudad, madre y señora de toda la tierra: las gentes aglomeradas en la colmena del trabajo y en los hogares sin aire y sin luz: un mayor número de gentes que se precian de ser blancas a pesar del óxido de la aleación, superiores a los de la meseta, quienes a su vez desdeñan a los que viven más allá de otros cerros...»¹⁶. Es la época del masivo éxodo rural hacia las ciudades debido al leve auge industrial de la economía mexicana. Para los emi-

16. *Los peregrinos inmóviles*. México, Botas, 1944, pág. 13.

grantes aparecían como las nuevas tierras de promisión. Pero en el caso de México tal hecho conlleva además un especial desarraigo, relacionado con las ansias mal disimuladas de dejar en el rancho —sobre todo por parte indígena— no sólo unas condiciones de vida, sino una identidad, todo un pasado ligado a la tierra, y de empezar en un nuevo entorno a crear un nuevo ser. Por mor de una extraña consideración y por encima de sus pobladores, la ciudad fue siempre «blanca» como lo eran la autoridad y el poder, siempre ciudadanos; y si no, la densidad, su capacidad uniformadora, el tinglado despersonalizador borra «el óxido de la aleación» y hace más blancos a todos los que en ella viven, aunque sea en hogares sin aire y sin luz.

Pero volvamos al punto donde mejor se trasluce la ideología revolucionaria de López y Fuentes: el tratamiento del indio, elemento este que desde el principio puebla su mundo narrativo. La Revolución había enfrentado al mexicano con el otro mexicano no sólo en el plano bélico, también en el ontológico (de ello se ocuparon los integrantes del Ateneo), y a medida que iba siendo intelectualizada México asumía su identidad fundamentalmente mestiza, y reconocía en el indio a uno de sus miembros esenciales, lo que «por si fuera poco —añade Magaña Esquivel— planteaba la cuestión de sus valores universales»¹⁷. Esa postura era diametralmente opuesta a la del porfirismo positivista, más dado a considerarlo un obstáculo para el progreso y un lastre para la modernización. A partir de entonces surgió una reacción artística general, militante y comprometida, nacionalista y telúrica, que le erigió por una parte en símbolo de la personalidad mexicana, en depositario de la esencia nacional, y por otra en baremo del proceso revolucionario. El indigenismo no es, pues, exclusivamente una tendencia constreñida a la literatura, sino un hálito que recorre la sociedad mexicana decidida a reivindicar la finalidad redentora de la guerra, empapada de ese despertar nacionalista alentado desde el poder y cuyo espíritu, al menos en la letra, recoge Gregorio López y Fuentes al publicar en 1935 *El indio*, novela con la que abre una importante veta dentro de la literatura. Como tal corriente literaria no cabe encuadrarse al margen de la novela surgida tras el movimiento de 1910. Es una más de las sendas por las que transcurre o se fragmenta ese gran todo conocido como «novela de la Revolución». Desgraciadamente, nunca habría de llegar a los ojos de quienes estaban siendo reivindicados, ajenos éstos por completo al empeño individual de los escritores indigenistas de remover las conciencias dormidas de los de su raza. Sin duda su campo de acción fue y es muy limitado, pero fue mucho más de lo que otros, incluso desde el gobierno, hicieron en su favor.

Tanto *El indio* como *El resplandor* u otras novelas de estos años tenían

17. Antonio Magaña Esquivel. *La novela de la Revolución Mexicana*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964, Tomo I, pág. 12.

en común, aparte de la visión negativa de la Revolución¹⁸, un acercamiento externo al indio hecho desde arriba o desde fuera. Sus autores no trascendían hasta la realidad arcana del indígena procurando salvar su «no ser indios» (propósito hartamente lejano a sus mentalidades y también quizá a sus posibilidades), ni eran capaces de prolongar su punto de vista más allá de la costra de lo sabido, de lo convencional; y no lo eran por una limitación fundamentalmente ideológica, que les venía de su privilegiado puesto en el «establishment». No hay por qué dudar, no obstante, de la sinceridad de sus reproches —rotundos e inapelables— o de la voluntad de convertir sus obras en vehículo de protesta y de queja, pero sus actividades, animadas por el revulsivo cardenista, las convierten a su vez en un vehículo de propaganda inapreciable. Por su medio la Revolución se autocensuraba, pero sin negarse. Obviamente algo de esto les abocaba a conformarse con lo anecdótico, torpes en todo caso en el reflejo de la cultura y psicología indígenas¹⁹.

En *El indio*, López y Fuentes se traza tres objetivos básicos. En primer lugar plantea de forma teórica las razones que a su juicio explican la marginación del indio, para esbozar luego un tímido programa de soluciones. Luego, pretende respaldar esos argumentos con la descripción de sus condiciones de vida, sus costumbres, sus tradiciones y, en fin, con las características inherentes a su persona, de tal forma que los diferentes episodios pueden entenderse como una descripción de la vida contemporánea o, de manera más amplia, como símbolos —en niveles discontinuos— de la historia del enfrentamiento de dos culturas. Y por último, circunscrito exclusivamente a la tercera parte de la novela, se detiene en el análisis de la incidencia que sobre el indio ha tenido la Revolución. Del conjunto de todos ellos quizá puede extraerse la idea de la que dimanar: no es posible reivindicar al indio sin conocerle (empezando por sus peculiaridades étnicas) ni invocar el triunfo de la Revolución mientras se le ignora o se le margina²⁰. Dicho de otro modo, México como compendio de una multiplicidad no podía autoinvocarse con orgullo a expensas de uno de sus componentes.

En la primera parte de *El indio*, López y Fuentes expone mediante un

18. La perspectiva realista de la que parten les permite enjuiciar el problema indio como la gran frustración del proceso revolucionario, que ha degenerado en puro retoricismo y ha hecho además de él un ser desconfiado y apático.

19. «En general —dice Joseph Sommers—, se preocupaban más por cambiar la mentalidad y la conciencia social de sus lectores, la clase media capitalina, que en profundizar en la realidad indígena. Este era un medio para conseguir un fin, y el fin se relacionaba a menudo con las cuestiones ideológicas y de la época». En efecto, no se logra plasmar un personaje indígena convincente. Véase «El cielo de Chiapas: Nueva corriente literaria», en *Cuadernos Americanos* (1964), 246-261, pág. 247.

20. Como señala Loló de la Torre, López y Fuentes expone aquí, años antes de que el profesor Alfonso Cano lo hiciera, los supuestos del juego llamado «culturalismo», esto es, el acopio de caracteres materiales y espirituales que lo definen étnica y socialmente. En «Tres momentos de un novelista», *La novela de la Revolución Mexicana. Valoración Múltiple*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, págs. 295-315.

juego dialéctico entre personajes las tesis respecto al problema social que sus existencia plantea. Ha elegido la figura de un maestro para encarnar su propia voz y se muestra contrario tanto a la idea del mestizaje defendida por algunos, como a la de la «incorporación» mediante la escuela, apoyada en su día por los positivistas. Ninguna le parece a López y Fuentes suficientemente efectiva para su plena integración. El percibe un factor de desconfianza ya casi endémica que aleja al indígena del blanco, en quien no puede ver sino al dominador:

(...) Eso es la verdad. Nos tienen una profunda desconfianza almacenada en siglos. Siempre los hemos engañado y ahora no creen más que en su desgracia (...) Mi teoría radica en eso precisamente, en reintegrarles la confianza «¿Cómo?», a fuerza de obras benéficas..., tratándoles de distinta manera, atrayéndoles con una protección efectiva y no con la que sólo ha tenido por mira conservarlos para sacarles el sudor (...) y para ello, nada como las vías de comunicación..., las carreteras enseñan el idioma mejor que la escuela; después el maestro, pero el maestro que conozca las costumbres y el sentir del indio, no el que venga a enseñar como si enseñara a los blancos. Con ella labrarán mejor la tierra, la que tienen o la que se les de.²¹

Tenemos así expresada su posición ante los posibles caminos de la integración indígena en la vida nacional: El rechazo, primero, de ese mestizaje preconizado desde el poder para concluir la labor comenzada por la historia hace cuatro siglos, porque según se nos presenta reviste más la forma de un exterminio sutil que la de una mera «colonización»; un mestizaje provocado y plegado a los altos intereses nacionales de gestar un hombre nuevo, «el más importante» (dado que es mayoritario) y «progresista» (porque, fruto de la alcaición, el mestizo ha gozado de la movilidad e inquietud de quien busca encontrar su sitio en la sociedad), es positivo si se eleva por encima de prejuicios étnicos, o si los elimina en quien aspira al vano anhelo de una pureza racial absoluta, pero desde luego no integra. No integra, porque anula destruyendo a los que supuestamente se quiere integrar con una fusión a todas luces falsa: «La raza con sus tradiciones, tal vez desvirtuadas, con sus rasgos fisonómicos, con sus costumbres, y con su espíritu, existe y sólo falta que se la redima» (I. 32). La segunda teoría, también puesta en entredicho, no opera directamente sobre bases de carácter étnico sino culturales. La distinción indio-mestizo adquiere entonces mayor relevancia que cualquier otra, porque el verdadero factor que los distingue no pasa por el tono cromático de la piel, sino por el conocimiento del idioma del dominador, el español, que el segundo posee y el primero generalmente no. Aparte de eso, el mestizo comparte con el blanco las metas y valores propios de la sociedad capitalista, necesarios por lo demás para progresar en ella. Tal realidad le hace observar a «el maestro», con

21. *El indio*, México, Porrúa, 1980, pág. 31.

acierto, que a menudo en la ciudad «se confunde, en la sola palabra 'campesino', al indio y al mestizo, sin pensar que éste, por su lengua y por su inclinación, está con nosotros, mientras que aquel está más allá de una fuerte barrera, la del idioma y sus tradiciones» (I. 30). Por lo cual, si, como parece ser, la escuela no es suficiente para llevar a cabo la «incorporación» y con el mestizaje cultural va aparejada la destribalización paulatina e imparable, al indio que no sobrepasa la barrera de aislamiento que representa el idioma, se le sume aún más en la marginación al tiempo que va creciendo el abismo entre el blanco y el mestizo —ambos ya identificados a sus ojos—, y él mismo.

Las tesis del profesor revelan una visión amplia del problema por parte de López y Fuentes al esbozar un proyecto de orden social mucho más ambicioso, no exento en ningún caso del rancio paternalismo que —nacido a buen seguro de un hondo sentimiento de culpa— embargaba a los sectores más progresistas de la burguesía revolucionaria. Al margen del deseo romántico de reintegrarles la confianza, la auténtica redención debe necesariamente comenzar por mejorar las condiciones de vida del marginado. Mediante las carreteras y cultura racionalmente impartida (respetuosa de la identidad indígena) se tenderán puentes indelebles por los que el indio pueda acceder a alguna de las ventajas de la sociedad moderna y así sentirse parte de ella. Ahora bien, las sucesivas tesis expuestas tienen un denominador común: todas desprecian por igual la voluntad del indio, sus deseos de incorporación o las bases sobre las que realizarla. El blanco, en el mejor de los casos, aparece como un amo tolerante, benefactor y respetuoso de la «otredad», pero amo al fin, otorgando generosas concesiones, aunque no restituyendo los legítimos derechos para compartir en igualdad la tierra de ambos. Dificilmente sin este punto de partida podía triunfar una integración plenamente satisfactoria que no pasara por ninguna forma de vasallaje.

La tercera parte de la obra nos brindará el contraste de la realidad con la teoría, nos mostrará profusamente las fallas de la gran oportunidad que fue la Revolución para llevar a término esas metas. Sin embargo, López y Fuentes no formulará nunca una afirmación categórica comparable a la declarada por uno de los personajes de *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska: «La revolución no ha cambiado nada. No más, estamos más muertos de hambre»²², pero idéntica conclusión se impone por sí sola al hilo de lo que va desgranando ante nuestros ojos, recubierto con una demoledora ironía. No cabe hablar de integración cuando nada sustancialmente ha cambiado: cuando se siguen pagando (en el presente de la obra) contribuciones personales que en teoría han sido abolidas legalmente; cuando, según confesaban los indígenas, las tierras recibidas no han mejorado su situación económica por falta de recursos para cultivarlas; cuando se está dependiendo de los exiguos sembradíos adjudicados y de los co-

22. Recogida por Marta Portal en *Proceso...*, pág. 291.

merciantes, que amplían el margen de sus ganancias a costa de la ignorancia; cuando se sigue enrolando a los niños en la lista de los contribuyentes «apenas en condiciones de ejecutar los más llevaderos trabajos». La integración, pues, perpetuándose el mismo estado de cosas, es una falacia completa.

En conjunto, su visión no puede ser más negativa ni estar empañada de mayor pesimismo, puesto que no intuye salida posible para lo que aparenta ser un interminable e indestructible círculo vicioso, con el que ni siquiera la Revolución, como se ve, ha conseguido acabar. A esta idea de ciclicidad responde, sin duda confirmándola en la propia estructura de la novela, el último y breve capítulo titulado precisamente «Desconfianza», la clave según «el maestro» del aislamiento ancestral del indígena. Tampoco en la imagen que de él nos da se encierran grandes expectativas, pues aparece retratado como un ser pasivo, resignado e inmóvil; un ser sin capacidad reactiva, angostado en su indefensión. No sugiere remedios específicos, y al enfatizar el fracaso de la Revolución cuyo reproche máximo es la no aplicación de los propuestos por ella en su momento, parece no tenerlos²³. Tampoco ninguna confianza personal en la existencia futura de algún factor de cambio, interno o externo al indio, lo que acentúa todavía más el pesimismo de la obra. A mi entender, su máximo valor es haber abierto una rica e importante veta continuada en toda la América Hispana, y haber llevado al indio y su situación social a la literatura, convirtiendo a ésta en un medio de denuncia. Si se muestra muy duro al enjuiciar las medidas tomadas para integrarlo es porque todas ellas acarrear la destribilización y, a menudo, no han sido sino argucias políticas disfrazadas, para seguir manipulándolo. A López y Fuentes le salva en esta obra, principalmente, el compromiso que asume con una parte esencial de la realidad mexicana y también con la Historia, así como el lúcido planteamiento de las aristas más enconadas de un problema aún no resuelto.

Los peregrinos inmóviles, obra publicada en 1944, representa un importante avance, si en términos de progresión cabe hablar, dentro de la faceta indigenista de López y Fuentes. Quizá no consiga adentrarse con éxito en el mundo interior del indio o captar desde dentro «lo indio» sobrepasando las limitaciones ideológicas y constructivas que acotan su indigenismo, pero, a su modo, significa un intento de penetrar la «otredad» en el camino continuado luego por otros escritores como Pozas o Menéndez. De un lado nos permite un acceso directo al indígena, al otorgarle voz propia; de otro, aunque se mantiene latente la dicotomía hombre blanco/hombre indio, al ser formulada por los segundos, tenemos la sensación por momentos de que sean ellos los que tratan de penetrar la «otredad» de la que hablábamos. Esto desemboca en lo que yo considero el mayor logro de López y Fuentes en este sentido: presentar al indio, aun de forma leve y solapada,

23. Ni para el indio ni para la Revolución misma, en la medida en que ambos destinos están relacionados.

como un ser complejo, interiormente conflictivo y sobre todo por lo que afecta al mestizo —objeto central de la novela—, como un ser escindido, pues su alma parcelada entre la tradición que lo ata al ayer y su deseo de incorporarse plenamente a la sociedad blanca, le ocasiona un enfrentamiento desgarrado. El mestizaje es una realidad patente e indiscutible en gran parte de la América Hispana, preferentemente en la Andina y por supuesto en México. Como sabemos la propia aceptación de ese hecho consumado no ha sido nunca fácil y resulta imposible cuando intervienen por medio relaciones de poder. Esto es casi siempre. Al encarar este tema, López y Fuentes ha conjugado —con desigual fortuna, es cierto— el mayor número de recursos a su alcance y mezclado en diversos planos el pasado y el presente; lo real y lo irreal; lo telúrico y lo cósmico, elevando, pese a todo, la calidad de la novela y haciendo ganar profundidad a su contenido. Ha pretendido, en definitiva, situar la obra en un nivel de reflexión intelectual muy superior, como corresponde al momento histórico que se vive en México. La compleja alegorización resultante, sobre cuya pista nos pone el propio título, es, sin duda, reflejo de esa voluntad. Me atrevo a pensar que estamos ante el proyecto literario más ambicioso de nuestro autor.

La acción se sitúa en un enclave humano donde predomina el mestizo, como Matías, uno de los protagonistas, señalara apenas iniciada la obra. El que su contrapunto en ella, Antonio, lo niega a pesar del tono tostado de su piel (atribuido cínicamente al sol), nos advierte sobre la relevancia que la cuestión merece: «¿Su raza? ¿De cuál ha de ser? ¡De la raza blanca!...», responderá a los censores. «Indios los que nacen con el pelo crecido y la rabadilla morada»²⁴, puntualiza. En esta voluntad por asemejarse al blanco se detectan los primeros rasgos del «ser» escindido que anunciábamos, actitud lógica puesto que el marginado (la clase, grupo étnico o sector que lo sea) no verá factible la integración —sinónimo aquí de la aceptación del entorno social que lo discrimina—, en tanto no deje de ser identificado formalmente por aquellas señas que le distinguen. En una sociedad surgida del entrecruzamiento racial, pero donde el blanco es el color del dominador y por tanto un valor en sí mismo, el hombre cuya sangre ya ha experimentado la mezcla, sentirá un deseo, inconsciente a veces, de blanquearse. Antonio no es el único en experimentarlo. El juez, que goza de un «status» social superior y vive entre la gente rica, sufre idéntico problema de aceptación personal y comparte su petulancia —«solo por ser criollo se revestía de una solemne importancia» (PI, 223)—, lo que le hace tomar distancia de todos los demás: «Yo soy descendiente directo de los que vinieron con la espada y la cruz! Criollo legítimo» (PI, 226), dirá con engreimiento.

Sólo la riqueza opera «de facto» en este contexto como factor integrador, dado que, al elevar la posición social, simultáneamente borra la procedencia indígena de sus poseedores. Por supuesto no es lo común, pues no hay nada que margine más que la propia pobreza, pero cuando con el dinero

24. *Los peregrinos inmóviles*. México, Botas, 1944, pág. 8.

se rozan otras esferas, la firme voluntad de asimilarse en todos los sentidos lo acompaña. Matías lo había dicho muy bien: «somos pobres en general... los demás, ricos o con destacada posición social, acaban por decir y creer que son blancos...» (PI. 7). Sobre el color, por tanto, se articulan las otras diferencias: las de la sociedad capitalista, las diferencias de clase: «los dueños de la panadería, de la tienda, del establo... son blancos (...) Los que no somos de su clase —ellos son banqueros, grandes inversionistas, mineros, dependientes— estamos acá, como rodeando esta plaza que contiene la historia del pueblo, toda gente pobre...» (ibid.). Para Matías la relación entre nivel económico y tinte racial es tan evidente que llega a identificarlos: «Hasta los que tenemos nuestras casas en las cuatro esquinas de la plaza, somos pobres: el viejo Marcos, indio legítimo; Antonio, con la piel apenas más clara que la mía pero que se cree blanco, aunque cada vez que le conviene dice con orgullo: nosotros los mestizos (...); Cirilo, con unas tres cuartas partes de cobre y por lo que hace a mí ya lo están viendo...» (PI. 8). Son pobres porque son indios y, mientras persista el afán de blanquearse, parece impensable que se despierte en ellos la conciencia de clase —de clase marginada—, necesaria para emprender desde ese supuesto una lucha por ascender socialmente que no pase por la negación del origen.

El viejo Marcos, ya cerca de la muerte, contempla el proceso irreversible de transculturización de la raza, y con su proverbial clarividencia reivindica un futuro nuevo, asentando las bases ya arcanas del mestizaje biológico y, sobre todo por más reciente, del cultural:

Ustedes —les dice— ya no son indios: ustedes son gente blanca, casi blanca (...) Ustedes son gente civilizada, muchachos: son políticos, funcionarios con muchas lecturas... Ustedes ya no son indios (...) Lo conveniente es que se miren como iguales (...) No hay razas puras... (PI. 48)

Profundamente imbricada con el mestizaje se plantea la pugna que, por medio de sus personajes, sostienen en la novela la Historia, el pasado, la tierra, Marcos, de un lado; y, la Civilización, el progreso, la cultura, Antonio, de otro. «¡Sólo hay un motivo que nos impida ser iguales! —exclama con voz estentórea el juez— ¡Es la cultura! ¿Saben ustedes que es la cultura, idiotas?» (PI. 228). Las acusaciones que recibe la raza de estar apegada a sus tradiciones, supersticiones y a todo aquello que es herencia del pasado, ceden consistencia a medida que va tomando cuerpo la tesis —brillantemente sugerida por López y Fuentes— de que «civilización» es un concepto convencional, acuñado sobre el prejuicio valorativo y falaz de que un sistema o modo de vida y una sociedad, por haber alcanzado una determinada racionalización de los fenómenos, posee un nivel de «progreso» mayor (es decir, goza de más recursos para enfrentarse a lo que no controla de forma directa: la naturaleza, la enfermedad, etc.), que la hace, en consecuencia, superior a otra. La conquista es un ejercicio de poder; «Civilización», sin embargo, es la lenta tarea de transmisión cultural por la que se pretende que el grupo humano sobre el que se opera, funcione

con la misma concepción del mundo y se organice de acuerdo con los propios valores, aparte de adoptar nuevos hábitos. Así, por ejemplo, la chirimía ha dejado de sonar en las fiestas para ser sustituida por las bandas. La civilización, dice Marcos, lo ha transformado todo, aunque persista el viejo tesoro melódico de la vieja música. Lo grave, quizá, es que el pueblo ya se había olvidado de los sonidos de antaño y «se enorgullecía de su evolución palpable en la diversidad de los instrumentos: la chirimía se había quedado allá atrás, sonando tan sólo en el recuerdo, en voz baja, como un pájaro que canta medio oculto en el follaje» (PI. 244). Por otra parte, la pobreza puede medirse, como hace Matías, por el desajuste existente entre una sociedad que se halla mental y culturalmente «civilizada» pero imposibilitada en la práctica para disfrutar de las ventajas teóricas que eso conlleva. La renuncia se hace entonces a cambio de nada.

Parece claro que López y Fuentes está por el respeto al derecho de cada pueblo a diferenciarse, a conservar sin menoscabo lo intrínsecamente suyo; por no obligar, sea cual sea la forma, a abjurar de las señas de identidad, habida cuenta de que «civilizarse» en el sentido de destribilizarse no es más que sustituir unos rituales, unas fórmulas, unos «tics» sociales por otros. Ninguna sociedad se halla exenta de cultos, de la forja de mitos e incluso de mentiras que ha decidido creerse, como se pone de manifiesto con la llegada de unos turistas al poblado, por citar un ejemplo. La civilización no es nunca en López y Fuentes —aprovechando la dicotomía de Sarmiento— lo opuesto a barbarie, porque lo que podría ser tenido por tal no es sino otra civilización, otra cultura. Tampoco se opone a Historia, porque incluso costumbres de origen muy dispar pueden llegar a parecerse, como si defendieran por sí mismas la tesis de que hay una misteriosa ley antropológica que hermana a los hombres al margen de los conceptos y de su papel en el mundo.

El pequeño pueblo de la meseta se transmuta de repente en símbolo de la nación entera, pues el autor nos ha ido dando, poco a poco, las claves de esta gran alegoría. La tribu ha peregrinado durante siglos a ciegas, sin norte, y está condenada a repetir su pasado si no encuentra con urgencia un rumbo único en torno al cual aglutinar a toda la comunidad nacional, un horizonte que impida prolongar ese deambular inútil y circular: «¿Nosotros? —dice el juez, que lanza un elocuente discurso diagnosticando los males nacionales— Nosotros carecemos de faro, y es necesario buscarlo (...) El que señalara con brazo extendido uno de los libertadores, quedó abandonado a fuerza de hablar de pequeños patriotismos (...) Ese hubiera sido el guión de todos estos países jóvenes: necesitamos buscar otro punto de mira (...) Por hoy no sospechamos ni siquiera el nombre, ni siquiera su índole, ni siquiera... Tienen la palabra los sociólogos, los reformadores, los filósofos» (PI. 259). Como el magistrado, López y Fuentes no tiene respuesta ni aporta un fanal de luz que ilumine el futuro rompiendo la eterna circularidad de la Historia. Fía a la reflexión de los intelectuales la posibilidad de hallarlo. Ha construido un universo contradictorio y de fuerzas

dispersas, y un microcosmos a su imagen y semejanza: El eco de la tradición se mantiene a duras penas representado por Marcos, mientras Antonio simboliza la renuncia, aunque problemática, al pasado; Matías por su parte, con la veneración hacia Marcos y su ecuanimidad de padre comprensivo, intenta armonizar ambas a toda costa. Sueña con que los nuevos hijos de la raza logren el arraigo definitivo que no lograron sus antepasados y que, al cabo, fundidos conquistadores y conquistados consigan matar la serpiente del odio e iniciar un peregrinaje común. Aunque el sonido de la campana, secular augurio de nuevos enfrentamientos, diluya cualquier esperanza y cierna sobre el mañana la sombra espectral del ayer.

Los peregrinos inmóviles no altera en absoluto la visión pesimista del mundo indígena apuntada en *El indio*; si acaso, apurando mucho, encontramos —como señala Mate²⁵— la única nota positiva dada por López y Fuentes respecto al destino de la raza:

(...) nuestra raza era como algunos arbustos que tenía a la vista: esas plantas que sobreviven a pesar de todas las mutilaciones y que, hasta la rama sembrada de punta echa raíces y vuelve al cielo sus renuevos, que de acuerdo con su nueva colocación, deberían apuntar hacia la tierra. (PI. 154)

En una y otra, insistimos, parecen condenados a la inmovilidad, bien sea en su peregrinaje histórico, en la primera; vital y ontológico, en la segunda; encerrados en cualquier caso en un callejón sin salida aparente. A partir de aquí se abre el gran interrogante: ¿hasta qué punto no era la búsqueda de una salida el gran reto que encaraba México en aquel momento?

Junto al testimonio personal del período clave del México contemporáneo, López y Fuentes nos da su racionalización igualmente personal, pero no por ello menos valiosa. En este aspecto es un autor representativo de la «Novela de la Revolución Mexicana». La crítica que efectúa, medida o sin concesiones, responde a su propio compromiso tanto ideológico como moral y, unas veces revestida de desencanto y otras de esperanza, es perfectamente consciente, como revela esta última novela comentada, de que el nuevo México surgido de la Revolución sólo tiene un camino por el que progresar hacia el futuro: asumir orgullosamente el pasado, esto es, la herencia de Moctezuma y Cortés; exhibir, no encubrir la raíz mestiza de su identidad presente. Tal empeño involucraba a la comunidad entera y rebasaba las circunstancias puntuales, sociales o políticas, aunque dependía en buena medida de ellas. Como escritor trata de avanzar en ese camino, pues el hombre mexicano sin exclusión es el verdadero eje de la narrativa de Gregorio López y Fuentes, y su análisis de la realidad inmediata no es otra cosa que un intento de llegar a él, de descubrirle y de penetrar en su ser.

MARÍA DEL MAR PAÚL ARRANZ

Universidad Autónoma de Madrid (España)

25. Hubert Mate, «Social aspects of novels by López y Fuentes and Ciro Alegria», *Hispania*, (1956), 287-292, pág. 290.